

la servidumbre, y acaso los malos tratamientos. Queda todavía el convento; pero sería cruel é inhumano decidir en este sentido de la suerte de una jovencita de doce años, pues que nadie puede saber cuáles serán las inclinaciones de su corazón con el transcurso del tiempo.....

La condesa, presa de una grande emoción, estrechó vivamente la mano de la Madre, y dijo:

—Oh!..... gracias por el generoso afecto que profesáis á esa querida niña; una madre no hablaría con más tierna solicitud: sois una mujer buena y sensata. Pero, decidme, ¿no sería posible sustraer á Clara de esa humilde condición?

—No comprendo bien, señora.

—Por ejemplo, si se le dieran maestros que le enseñasen el español y todo lo que debe saber una joven bien educada.

—¡Ah, señora!..... los administradores de la casa no lo permitirían. Una instrucción semejante no conviene ni á una obrera ni á una sirviente; esto sería para ella un gérmen de vanidad y de vicio.

—¡Sirviente!—esclamó la condesa suspirando:—¡No, no, eso no será, Dios mío!.....

Y levantándose, fué y abrió un armario, tomó de él una bolsa pesada, que tendió á la Madre diciendo:

—Tomad, mi excelente amiga, aquí tenéis una bolsa llena de oro; contiene una suma considerable: añadidla á las economías de Clara y hacedle así la vida más dulce; no le rehuséis nada, satisfaced sus menores deseos, hacedla aprender todo, tenedla siempre contenta y feliz; que ese querido ángel no tenga nunca la menor amargura. Haced todo esto, y creed que enteramente estaré reconocida á vuestra bondad.

—Las economías de las huérfanas están en manos de los administradores, señora; y una

vez allí, ya tienen uso determinado. No puedo, pues, hacer lo que me indicáis.

—¡Ay de mí! todo contraría mis designios!... ¡Qué crue! fatalidad!

—Sin embargo, señora, si consentís en que yo guarde en mi poder una parte de este dinero, trataré de cumplir como pueda lo que me ordene vuestra bondad.

—Sí, sí, querida Madre; os doy gracias porque venís tan generosamente en mi ayuda.

—Yo haré unir el resto á las economías de Clara, á petición de..... de la condesa de Almata, ¿no es así?

A esta pregunta, la condesa se turbó visiblemente y bajó los ojos como una persona que reflexiona ó que no sabe qué responder.

—¿Será necesario decir que un desconocido ha puesto en mis manos esta suma?—preguntó la Madre, dando á su voz una entonación particular.

—Sí, sí, un desconocido,—respondió la condesa;—una persona que ha desaparecido y de quien no se ha vuelto á saber nada: sí, así estará muy bien.....

Mientras más se prolongaba la conversación, más firme se iba haciendo en la Madre la convicción de que no se había engañado sobre la naturaleza de las relaciones que existían entre la condesa y Houten Clara; comprendía que un peso terrible oprimía el corazón de la noble dama y que ésta se hallaba dispuesta á desahogarse confiándole su secreto: creía tener una prueba suficiente en el poco cuidado con que la condesa ocultaba su secreto. Resolvió, pues, allanar todos los obstáculos para dar lugar á una explicación, si la condesa así lo deseaba. La ocasión no tardó en presentarse.

—¿No es verdad,—dijo la condesa,—que daréis á Clara un maestro de español, y que la haréis aprender todo lo que una joven debe saber para ser bien recibida en la sociedad?

—No, señora, eso es imposible: saber mu-

chas cosas, es con frecuencia, para una mujer de humilde condición, un origen de desgracias.

—¡Dios mío!..... querida Madre, sois verdaderamente cruel; Clara es de sangre noble, os lo aseguro.

—Lo sabía ya, antes de tener la honra de conoceros,—dijo la Madre con sangre fría.

—¿Por quién lo habéis sabido?—preguntó la condesa estupefacta.

—Por la misma Clara.

—¡Cómo!..... ¿Clara lo sabe?

—No, señora condesa, no lo sabe, y sin embargo, lo dice.

—Pero ¿qué enigma es ese?..... No os comprendo.

—En efecto, es extraño. ¿La señora condesa sin duda ha oído hablar de una enfermedad, ó más bien, de un estado extraordinario que se llama sonambulismo?

—Sí..... ¿y bien?.....

—La pequeña Clara es sonámbula.

—Oh!..... ¡la pobre niña!.....

—No os aflijáis, señora condesa; la niña no parece sufrir, y además, eso desaparecerá con la edad. No todo el año está en ese estado, sino únicamente en el mes de Mayo, y sólo dura así tres semanas.

—¿Y qué sucede entonces?..... Por el amor de Dios, tranquilizadme; me hacéis sufrir horriblemente.

—Fiad en mi palabra, señora; no hay motivo para que os asustéis tanto. En la época en que yo comencé á dirigir el Establecimiento, Clara dormía en el dormitorio de las huérfanas; en la primavera, volvía á sus paseos nocturnos, y aunque las otras niñas conocían su mal, sucedía con frecuencia que sentían tal espanto, que toda la casa se trastornaba. Temía yo que la niña se fuera á herir mortalmente, por lo que hice colocar su lecho en el primer departamento, en una pieza que está muy cerca de la escalera. Desde luego lo primero que hice fué cerrar la puerta de Clara; pero esto sin

duda la causó mucha pena, porque cuando se levantaba por la noche, se martirizaba y se hería las manos tratando de abrir la cerradura. Recuerdo que una vez se hirió gravemente al romper con las manos los vidrios de la ventana; el señor Tyfelynck, médico de nuestra casa, me ordenó dejar abierta la puerta de su habitación. En ese departamento hay, como lo habéis visto, dos puertas, una que da á la calle y la otra al patio; de suerte que cuando Clara se pasea dormida, no puede mas que bajar la escalera y vagar en un espacio limitado, entre dos puertas, donde nada hay que pueda hacerla ni hacerle ningún mal.....

—Madre, querida Madre, por el amor de Dios, daos prisa en concluir; vuestra narración me hace temblar.....

La Madre dirigió á la condesa una mirada penetrante, y prosiguió:

—En la época del año en que Clara es atacada del sonambulismo, deja su lecho hacia media noche, baja con frecuencia la escalera y se sienta sobre el último escalón. Allí permanece cerca de una media hora, después sube, vuelve á acostarse, y se duerme tranquilamente hasta la mañana. Pero cuando se halla en aquel estado, lo sorprendente es que sus ojos están abiertos, ve donde hay luz, habla, pregunta y responde distintamente y con mucha más inteligencia que durante el día. Su memoria debe tener también en aquellos momentos mucha más lucidez, porque entonces habla de ciertas circunstancias de su primera infancia, de las que, estando despierta, no conserva el menor recuerdo. Alguien debe haberle dicho con frecuencia que su madre es rica, de familia noble, y así lo he comprendido muchas veces al oír las palabras entrecortadas de Clara: pero es inútil hablarle de eso durante el día, porque no puede acordarse absolutamente de lo que ha dicho ó hecho durante sus accesos de sonambulismo. Clara no sabría tampoco que por las noches abandona la cama, si algunas

veces no se la hubiera despertado pronunciando su nombre; porque basta pronunciar éste, para que ella despierte inmediatamente de su misterioso sueño.

—Pero vos no me decís, querida Madre, que alguna vez hayáis intentado salvar á la pobre niña de ese espantoso mal: esta indiferencia es imperdonable..... ¡Cómo es posible ver sufrir á un ángel, sin remover cielo y tierra para curarlo!..... ¡Ah, si yo hubiera estado en vuestro lugar!.....

—Yo sé, señora condesa, que podrían haberse consultado muchos médicos..... ¿Y quién os ha dicho que yo, que no soy rica, no haya hecho por amor á esa niña, lo que una condesa no podría hacer con todo el oro del mundo?.....

—Oh! perdonad mi precipitación; es que sufro horriblemente, querida Madre.....

—Pero dejadme continuar, señora, porque me falta aún que contaros lo más maravilloso. Cuando Clara está sentada al pié de la escalera y se le dirige la palabra, responde siempre como si le hablara á su propia madre. Si no se contraría el arrebató de su corazón, un fuego de amor se apodera de ella y os estrecha en sus brazos, os colma de besos, os sonríe; se sube sobre vuestras rodillas, acaricia vuestro rostro, y os mira de tal manera en los ojos, como si quisiera leer en el fondo de vuestra alma; fascina vuestros oídos con un torrente de cariñosas palabras, y os hace olvidaros de vos misma por un misterioso poder tan inexplicable como incomprendible y que os hace temblar.

La Madre suspendió su relación como para escuchar las observaciones de la condesa; pero ésta, inmóvil, con el cuello tendido y abiertos extraordinariamente sus lindos ojos, respiraba ardientemente al estar oyendo la narración.

—Yo me imagino, señora, que la madre de Clara, cuando ésta estaba muy niña aún, la cubría de caricias y besos, acaso durante muchas horas y derramando lágrimas; pues con mucha

frecuencia Clara, en su extraño sueño, llora. Tan conmovedora está entonces la niña, tan hermosa de ternura y de amor, que nadie en el mundo, aunque tuviera un corazón de piedra, podría resistir á sus acciones y á sus palabras. ¡Ah, si su madre pudiese oirla!..... Seguramente arrostraría todos los peligros por estrechar á su hija entre sus brazos y consolarla en su tristeza; para hacerla dichosa, en fin; porque esta querida niña sufre horriblemente y languidece devorada por una enfermedad misteriosa..... Pero vos lloráis, señora condesa; mi narración os ha conmovido demasiado..... Os suplico que me perdonéis.....

La condesa parecía haber olvidado su situación, y lágrimas silenciosas se escapaban de sus ojos; no respondió á la Madre, como si hubiera olvidado su presencia, y aun cuando esta excelente mujer le tomó la mano para consolarla, no hizo ningún movimiento.

Por largo rato ambas permanecieron en silencio.

De repente y con violencia la condesa se levantó, un vivo rubor cubrió su frente, fijó un momento los ojos en el suelo como agobiada de confusión, y y-n-lo luego á estrechar entre sus brazos á la Madre de las huérfanas, la dijo sollozando y con voz casi ininteligible:

—Oh! ¡tened piedad de mí, mi buena amiga!..... ¡Clara es mi hija!..... ¡A mí es á quien llama..... á mí es á quien acaricia!.....

Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos, ahogando sus palabras.

Durante algunos instantes la Madre permaneció en silencio, respetando el dolor de la condesa; después acercó su boca al oído de aquélla, y le dirigió palabras consoladoras: le habló otra vez de Clara, le indicó el medio de asegurar la felicidad de la niña; en una palabra, hizo y dijo todo lo que su generoso corazón le inspiró para procurar algún alivio al corazón oprimido de la condesa. Poco á poco consiguió lo que deseaba; y el alma de la condesa, sin-

tiéndose libre del secreto que pesaba sobre ella hacía tanto tiempo, pudo al fin hablar más libremente y con alguna serenidad.

Las dos mujeres hablaron largo tiempo de la niña, sobre todo de su enfermedad, de la que la condesa quiso conocer hasta el menor detalle.

De súbito la noble dama palideció y empezó á temblar llena de ansiedad.

En tanto que la Madre trataba de adivinar el motivo de esta repentina emoción, la condesa abrió una caja, sacó de ella algunas piezas de encaje, que arrojó sobre la mesa, y dijo:

—Madre, querida Madre, el conde de Almata viene; ya he oído abrir la puerta..... Oh! mi querida amiga, partid cuanto antes, para que él no os encuentre aquí: podría haceros preguntas á las cuales os sería difícil responder. Ocultad el dinero, y si os encuentra, decid que habéis venido á vender encajes..... Partid; hasta mañana..... Yo os iré á veros todos los días.....

La Madre se levantó y salió precipitadamente de la habitación. Al bajar la escalera, encontró efectivamente al conde, que la miró con una curiosidad investigadora, pero sin dirigirle una sola palabra.

Domingo, silencioso también, abrió la puerta y dejó pasar á la Madre.

V.

Quince días habían trascurrido desde que la condesa de Almata había confido su secreto á la Madre-directora de las huérfanas. Todos los días, á la hora de siesta con más frecuencia, la condesa iba á ver á su hija, con quien, gracias á la condescendencia de la Madre, permanecía dos ó tres horas acariciándola y enseñándole el arte de vivir en sociedad; había comenzado, además, á enseñarla la lengua españo-

la. En esta época era necesario poseer esta lengua extranjera, si no se quería pasar por una persona de origen plebeyo; y como la condesa se había propuesto hacer todos sus esfuerzos por educar á Clara de una manera superior á su condición de huérfana, natural era que este fuera el punto principal sobre el que más se fijara al emprender la educación de la niña.

Houten Clara, amante por naturaleza, había consagrado á su protectora una ternura sin límites; sus dulces palabras y sus inocentes caricias, que hubieran bastado para seducir el corazón de una persona extraña, habían producido tal efecto en el alma de la condesa, que ésta lo olvidó todo para no pensar más que en la angelical niña. El conde de Almata no estaba muy satisfecho con saber que su mujer pasaba días enteros fuera de su casa, bajo el inverosímil pretexto de que había encontrado en la Madre de las huérfanas una antigua amiga de colegio, cuya compañía le era muy agradable. La sospecha se había de nuevo despertado tanto más viva en su corazón, cuanto por que volvía á verse repentinamente abandonado y olvidado por la condesa; pero quiso permanecer fiel á su palabra, y aunque sintió algún disgusto por la conducta de su esposa, no la hizo espiar, y ni mostró siquiera el menor deseo de saber más de lo que ella misma le dijera. La desconfianza y la cólera se iban desarrollando silenciosamente en su corazón. Indudablemente la tempestad, si algún día tenía que estallar, sería terrible.

Una noticia llegada de España vino repentinamente á cambiar el curso de los acontecimientos. Un tío del conde de Almata había muerto, dejando á éste heredero de todos sus bienes: la mayor parte de estos consistía en tierras vecinas á la ciudad de Rota (Andalucía), en un gran número de casas en Jerez de la Frontera, y numerosos navíos que iban de Cadiz al Nuevo Mundo. Las riquezas que de tal modo venían á aumentar la fortuna del

conde de Almata, escapaban, por decirlo así, á toda estimación; y para impedir la pérdida que podría sufrir una fortuna de tal manera dividida, el conde vió que le era preciso partir muy pronto para España. Vió también en este suceso una circunstancia favorable para inducir á su mujer á dejar los Países Bajos, sin que ella pudiera oponerse á esto. Cuando anunció á la condesa su partida, advirtió que una palidez mortal se extendió por el rostro de su esposa, y más tarde la sorprendió con los ojos encendidos é inflamados por el llanto; pero él siguió un plan de conducta, como si no hubiera atribuido esa tristeza á una causa secreta: le bastó tener la certidumbre de que iba á alejarse con la condesa del objeto desconocido que la retenía en los Países Bajos.

La víspera de la marcha, la condesa y la dueña estaban silenciosamente sentadas en la misma habitación en que hemos visto á la primera al principio de nuestra relación. Hacía largo rato que ambas, sin cambiar una sola palabra, parecían esperar á alguien con temor ó impaciencia. A veces se dibujaba en el rostro de la condesa una imperceptible sonrisa, que desaparecía para dar lugar á la triste expresión de la melancolía y la meditación; el rostro de la dueña, por el contrario, revelaba un doloroso desaliento.

Cuando sonaron las diez y media en los templos vecinos, ambas levantaron la cabeza y sus miradas se fijaron con ansiedad en la puerta de la habitación: se oía el ruido de unos pasos que se acercaban.

—¡Cielos! ¡no se ha acostado aún!—murmuró la condesa.

El conde de Almata entró en la habitación, fijó en su esposa y en la dueña una mirada interrogadora, y dijo á la primera:

—¿Estáis despierta aún, Catalina? ¿Por qué no os habéis entregado al descanso, sabiendo que mañana debemos emprender un largo y penoso viaje?..... Estáis triste, lo sé; pero

es necesario, sin embargo, que os mostréis un poco razonable y os sometáis con resignación á la necesidad.

—En este momento vamos á entregarnos al descanso,—respondió la condesa levantándose y tomando una luz.

—No sé lo que esto significa,—dijo el conde;—pero es extraño que ahora en la casa nadie quiera recogerse todavía. El mismo Domingo, que tiene la costumbre de dormir desde las nueve y roncar en cualquiera parte que se encuentra, no halla razones qué inventar para excusarse de estar despierto hasta media noche. Todos los preparativos del viaje están, sin embargo, terminados desde esta mañana.

La condesa no respondió á esta observación; y queriendo al parecer evitar una conversación más larga con el conde, dijo, llevando la mano á la puerta de la habitación donde dormía:

—Voy á aprovechar vuestro buen consejo, Calixto, y trataré de reposar, si esto me es posible. No sin tristeza se deja la patria, cuando se ignora si algún día volveremos á verla!...

—La volveréis á ver, Catalina..... Pero por el amor de Dios, no os exaltéis tanto, pensando en todo lo que puede entristeceros. Dormid bien..... Hasta mañana.

—Hasta mañana, C. lixto.

El conde salió de allí y se dirigió á sus habitaciones, situadas del lado del jardín. La condesa entró en la suya, seguida de su dueña, y ambas tomaron asiento sin que nada revelase en ellas la intención de entregarse al descanso del sueño. Después de haber escuchado con atención durante algunos instantes, y no percibiendo ningún ruido, dijo la condesa con voz que apenas se le oía:

—¡Ah, Inés!..... ¡Si Domingo nos hubiera hecho traición! ¡Si hubiera revelado nuestro proyecto á su amor!.....

—No lo hará, señora.

—¿Estás muy segura de ello, Inés?

—Ah!..... yo lo he prometido que á nuestra

llegada á Madrid le daré por mujer á mi hermosa Antonieta. Esta promesa le decidirá á correr con los pies desnudos sobre carbones ardiendo..... No temáis nada de él.

—Gracias, Inés; esta seguridad disminuye mis angustias: yo temblaba, tenia miedo de alguna traición; porque el conde nos miraba con tanta severidad, y su mirada se fijaba en mí de tal manera.....

—No creo, señora, que el conde tenga nuevas sospechas: no es más que su desconfianza habitual, desconfianza muy fundada y muy justa desgraciadamente. Yo os suplico, señora, os ruego una vez más, que me permitáis haceros oír la voz de la razón, antes de que pongáis en ejecución vuestro peligroso designio; y perdonadme si os digo palabras que os desagradan.....

—Habla, Inés; dí todo lo que quieras, mi buena amiga, y no olvides la miserable situación en que me encuentro.

—Haciendo lo que vais á hacer, ponéis en peligro vuestra vida y la mía; y además os arriesgáis á perder vuestro honor de esposa, porque, ¿quién podría haceros justicia, si la venganza sangrienta y en apariencia legítima del conde, sepultara con nosotros vuestro secreto en la tumba?

—Ah! ¡ten piedad de mí, Inés!..... Todo eso es por demás inútil.

—Y para mí es indiferente, señora; el valor no me falta, y más de una vez he visto cerca de mí la punta de un puñal; pero lo que yo quiero, es que vos,—á quien por amor y gratitud me he consagrado como una esclava,—quiero, repito, que vos, señora, sepáis bien que no he consentido libremente en el paso que vamos á dar..... Yo os lo he reprobado, ¿no es verdad?

—Sí, sí, Inés.....

—He recurrido á las lágrimas, á la persuasión, á la cólera, ¿no es verdad?

—Sí, mi querida Inés, yo no hago pesar sobre tí ninguna responsabilidad.

—¿Y persistís en vuestra primera resolución? ¿Queréis poner en peligro vuestra vida y vuestra honra, por un placer que no puede durar más que una media hora?

—¡Cuán ligeramente hablas, Inés!..... ¿Quiéres, pues, privarme de la última felicidad que acaso me será concedida sobre la tierra?... Mañana partimos para España..... ¿quién sabe si ya nunca volveremos á ver nuestra queridísima patria, los Países Bajos?..... ¿Y habría yo de dejar á mi Clara sin que su boca murmurase á mi oído el nombre de madre, sin que sepa por qué la adoro?..... ¿Habría de partir como una extraña, abandonándola con indiferencia á su destino de esclava?..... ¡No, no, es imposible!..... Comprendo que tienes razón, Inés; que soy una loca, una insensata: pero en vano lucharía contra el sentimiento que me domina..... ¡Así es necesario!

—Muchas cosas habría que contestaros, señora; pero esto sería inútil..... Y bien, sea; no esperéis más observaciones de mi parte; suceda lo que sucediere, yo os obedeceré. Dentro de algunos instantes ya no será tiempo. Domingo nos espera ya, prevenido con la llave; el portero de la casa de las huérfanas estará también esperándonos en su puesto: cree este hombre que vamos á cumplir con una buena obra y que queremos curar á la pequeña Clara de su sonambulismo.

Trascurrió un cuarto de hora en el más profundo silencio; después la dueña se levantó, cubrió con un abrigo á la condesa, y dijo:

—Señora, ya es tiempo: procurad no hacer ruido al andar. Y ahora, ni una palabra más, mientras estemos aquí. Seguidme.....

Ambas dejaron la habitación y bajaron la escalera en la más profunda oscuridad y con las más grandes precauciones. Ya iban á terminar su descenso, cuando oyeron repentinamente un ruido en el primer piso. Las dos se

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. PRIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

detuvieron y escucharon llenas de ansiedad, pero no volvieron á oír nada.

—¡Desdichadas de nosotras!—exclamó la condesa. —¿No venís ese ruido de la habitación del conde?

—Callaos, señora,—respondió la dueña;—creo que no ha venido de allí; tranquilizaos.

Después de haber estado bastante rato con el oído atento la dueña, dijo:

—No es nada..... Venid.

Y volviéndose hacia la puerta, llamó en voz muy baja:

—¿Estáis ahí, Domingo?

—Hace largo rato que espero,—respondió el criado en las tinieblas.

La condesa y la dueña se aproximaron á la puerta, y después que ésta fué abierta con precaución, ambas salieron, y por fin se encontraron en la calle.

Desde el momento en que llegaron delante de la casa de las huérfanas, la puerta se abrió como por sí misma, porque un hombre espía-ba por el postigo la llegada de la condesa y la dueña.

La Madre las recibió y las condujo al locutorio, donde brillaba una luz tenue. En seguida dijo á la condesa:

—Habéis tardado mucho, señora. Clara podría haber bajado ya, porque la hora en que lo hace, no es tan precisa que no pueda haber diferencia de una á otra noche. Estad lista, señora; Clara no debe veros; os esperamos con cuidado; y guardaos bien de pronunciar su nombre, porque al instante despertaría.....

—Hace frío,—dijo la condesa;—¿no podría enfermarse la niña si eso durase mucho tiempo?

—No temáis nada, señora; he mandado hacer para la niña vestidos de noche. Durante el período en que se halla atacada de esa enfermedad, se acuesta con esos vestidos..... Escuchad..... allá arriba; la oigo que se levanta..... Id al momento; nosotras nos quedamos

aquí..... Cerca de la escalera hay una silla para vos..... Tomad la lámpara, señora.

La condesa tomó la luz y fué á colocarse al pie de la escalera. Su corazón latía precipitadamente, y temblaba toda ella presa de una profunda ansiedad. El exceso de la alegría era el que de tal modo agitaba sus nervios, porque entreveía un cielo de felicidad en la escena que iba á tener lugar..... ¡Pobre mujer! En su seno ardía como una llama devoradora el inmenso é irresistible sentimiento del amor maternal: una sola hija le había dado el cielo; durante ocho años había sufrido y languidecido, y sólo la habían acompañado las desdichas y las tristezas; su amor para su hija desgraciada y abandonada, había hecho de ella una mártir. Es cierto que algún tiempo después había encontrado la recompensa de tantos dolores: se había embriagado con las caricias, con los besos, con la sonrisa de Clara; pero ¡ay! se veía aún una extraña para la niña, y jamás el dulce nombre de madre había resonado en su oído..... Al fin, iba á oír este nombre sagrado, que llega como un acorde divino al corazón de la mujer y lo llena de una inefable alegría. No era, pues, admirable que el triste silencio que allí la rodeaba, ni la impenetrable oscuridad de aquella parte de la casa á cuyos extremos distantes no llegaba ningún rayo de luz de la pequeña lamparilla, causaran alguna impresión en su alma; la aproximación del solemne momento que esperaba, la llenaba de una alegría que la dominaba enteramente. Inmóvil se hallaba al pié de la escalera, y miraba hacia arriba con ansiedad.

Pronto apareció Houten Clara.

Estaba enteramente vestida de tela de lino tan blanca como la nieve; sus blondos cabellos, bastante cortos, flotaban en graciosos rizos sobre sus espaldas; sus mejillas tenían el tinte de la rosa, y sus grandes ojos parecían aún más azules que durante el día; sus pupilas estaban dilatadas y brillaban con un fuego extraño ba-

jo su frente pura. A esa hora misteriosa de la media noche, Houten Clara, lejos de semejar-se á un fantasma, parecía, por el contrario, la imagen viva de ese ángel hermoso y sonriente que la imaginación de una madre cree ver al lado de la cuna de su hijo.

Apenas la niña percibió á la condesa, una sonrisa dulce y tranquila se dibujó en su rostro, y su voz argentina murmuró con una inefable y penetrante dulzura:

—¡Ah, mamá!.....¿estáis allí?..... ¡Aquí estoy ya!.....

Al decir estas palabras, abrió los brazos para estrechar en ellos á la condesa, y bajó la escalera con una alegre precipitación. Apenas la condesa había dejado la lámpara en el suelo, cuando ya la niña se había suspendido de su cuello y la cubría de besos, como si se regocijara al verla de vuelta después de una ausencia de muchos años. Entre aquellos besos se perdían palabras que, por incomprensibles que fuesen, caían al corazón de la condesa llenándolo de felicidad. Casi sucumbía la noble dama á la emoción que le causaban las caricias apasionadas de la niña; sin hablar una sola palabra, estrechaba á Clara sobre su seno, y olvidándose de sí misma, se embriagaba con el nombre de madre que dulcemente se escapaba sin cesar de los labios de la niña. De repente se desprendió ésta de los brazos de la condesa, y fué á sentarse sobre la última grada de la escalera, al lado del pilar de madera, tirando de la mano á la dama, y diciéndole, con una sonrisa encantadora:

—¡Ah! querida mamá, sentaos aquí, sobre la silla..... ¡Soy tan feliz cuando vos también estáis aquí!..... Ah! ¡cuán triste he estado y cuánto he llorado!..... Siete días hace que vengo á sentarme aquí..... y me encuentro sola..... y espero tristemente!.....

—¡Te engañas!—exclamó la condesa como devorada por los celos.—La mujer de quien tú

hablas no es tu madre: yo sí lo soy; tú eres mi hija!.....

Houten Clara contempló á la condesa con admiración, y dijo:

—¿Por qué decís eso con un tono tan extraño? Bien sé que sois mi madre; pero ¿por qué, pues, no venís todos los días?..... Vos me lo habíais prometido..... Las niñas que tienen una madre, siempre están á su lado!.....

Una tristeza profunda dobló la frente de la condesa, y dolorosos suspiros respondieron solamente á la pregunta de Clara. Esta replicó entonces:

—¡Dios mío! querida mamá, ya no estáis triste; ya no os diré más. Bien sé que si no podéis venir todos los días, no tenéis vos la culpa.

Y rodeando con sus bracitos el cuello de la condesa, unió al de ésta su rostro encantador, y dijo con una voz suplicante:

—Oh! ¿de veras estáis enfadada, querida mamá?..... ¡Os amo tanto!..... Cuando puedo estar cerca de vos y descansar en vuestros brazos, soy tan feliz, como no lo pueden ser los ángeles en el paraíso. Pero no os mostréis enfadada, mamá, porque así me hacéis daño.....

Parecía que las dulces palabras de la niña ya no producían ningún efecto en el alma de la condesa; porque ésta, dejándose cubrir de caricias y besos, parecía sumergida en profundos y sombríos pensamientos. Había esperado poder decir á Clara:—¡yo soy tu madre!—y que la niña hubiera comprendido, al menos en su sonambulismo, toda la importancia de esta declaración. Ahora que la misma Clara la miraba como á su verdadera madre y parecía no poder hacer ninguna diferencia entre ella y la Madre de las huérfanas, la condesa debía renunciar á una revelación que parecía ser por demás. Como la dicha que había esperado se le escapaba, la entrevista por tanto tiempo esperada perdía todos sus encantos, y por esto fué por lo que dijo con un triste abatimiento:

—¡Pobre niña!..... No es tu madre la otra mujer: yo sola, yo soy quien te he llevado en mi seno; yo la que he sufrido amargamente desde que tú veniste al mundo; yo la que he vertido lágrimas durante largos años por tu desgraciada suerte; yo la que he podido morir, víctima de la piedad y el amor que tengo para tí..... Ah! yo expongo mi vida á la vengativa cólera de un esposo irritado, y pongo en peligro mi honra y la de mi familia por oír una sola vez de tu boca el nombre de madre..... y tú no me comprendes ¡ay de mí!

Calló la condesa, y abundantes lágrimas corrieron silenciosamente de su ojos. Houten Clara, que lloraba también por simpatía, miraba á la condesa con aire sorprendido, como si ésta le hubiera hablado en una lengua incomprendible. Al fin la niña dijo suspirando:

—¡Dios mío! querida mamá, ¿se os quiere hacer algún mal?..... ¿Por qué?.....

La condesa estrechó á la niña sobre su seno, y la dió un beso por toda respuesta. Después de haber permanecido algún tiempo abisada en una triste amargura, la noble dama levantó repentinamente la cabeza, enjugó las lágrimas que bañaban sus mejillas, estrechó con fuerza entre sus manos las de la niña, en tanto que una expresión desesperada descomponía sus facciones, y exclamó:

—¡Clara!..... ¡Clara!.....

Temblando, con la mirada fija en la niña, esperó el efecto de este llamamiento.

La niña se frotó los ojos como una persona que se despierta, dirigió á su rededor una mirada llena de ansiedad, y exclamó:

—¡Oh, Dios mío!..... ¿Dónde estoy?..... ¡Es de noche!.....

Y arrojándose en los brazos de la condesa, dijo sollozando:

—¡Tengo miedo!..... ¡está aquí tan triste, tan frío!.....

La condesa dejó á la niña que reconociera

el lugar en que se encontraba y pudiera tranquilizarse; después de esto le dijo:

—Clara, mi querida hija, ¿me reconocéis?... ¿veis bien quién soy?

—Oh! sí, señora,—respondió la niña;—ya no tengo miedo, puesto que estáis conmigo. Pero.....¿qué hacemos aquí vos y yo, solas y á unas horas tan avanzadas de la noche?

—Sentaos allí, Clara, y escuchadme sin interrumpirme; tengo que deciros muchas cosas que es necesario que no olvidéis nunca.

—¡Oh, Dios mío!..... Estáis temblando, señora..... ¡Tengo miedo todavía!...

—Tranquilízate y no te inquietes más, querida niña: ningún mal puede sucedernos aquí. Escúchame con atención, por el amor de Dios..... Todos creen que tú eres una pobre huérfana, Clara; todos piensan que tú tendrás que ser una humilde criada y durante toda tu vida estarás condenada á trabajar como una esclava y obedecer á las órdenes de amos que te pagarán un miserable sueldo: tú también lo crees, y estás contenta con la desgraciada suerte que te espera. Pero todo eso es mentira, Clara..... Un día, tú mandarás como ama, te pondrás lindísimos vestidos, tendrás un magnífico carruaje, seducirás con tu hermosura á los más nobles caballeros, y desde lo alto de tu grandeza mirarás altivamente á cualquiera que se atreviere á recordar tu primera condición. Porque,—escúchame bien, mi querida hija,—tú tienes una madre que sacrificaría su vida por hacer tu felicidad. Esta madre es noble, rica, poderosa y jamás llegará á abandonar á su hija adorada!.....

Al acabar de decir estas palabras, estrechó á la niña con un abrazo convulsivo y ardiente, esperando sin duda que Clara también le prodigara mil pruebas de su dulce ternura; pero sus esperanzas fueron vanas: Houten Clara pareció caer en una profunda meditación, y dijo suspirando y como si hablase consigo misma:

—¡Seré rica..... tendré un magnífico carrua-

je..... llevaré lindísimos vestidos!..... ¡y tengo una madre! ¡Ah ¡cuánto la amaré!..... ¿Y por qué no viene, pues, mi madre á buscarme?.....

La condesa se encontraba en un estado muy próximo á la locura: un fuego ardiente brillaba en sus ojos; una sonrisa extraviada contraía su rostro. Tomó con ambas manos la cabeza de la niña, y clavando en los azules ojos de ésta una mirada penetrante, exclamó:

—Mírame, angel mío, mírame bien..... ¡Yo soy tu madre! ¿No lo comprendes en los ardientes besos que te doy, á tí, que eres el tesoro de mi alma?..... ¡Oh, querida hija mía!.....

Una viva alegría resplandeció en la fisonomía de Houten Clara; sin embargo, aún subsistía una sombra de duda en medio de su felicidad.

—¡Vos!—exclamó—¿Vos sois mi madre, mi verdadera madre, la que vive al lado de mi padre?.....

—Tu padre, hace tiempo que está en el cielo, Clara; murió, y hoy ruega á Dios por nosotros!—dijo la condesa suspirando y tratando de poner término á las preguntas de la niña con un beso.—¡Yo soy tu sola, tu verdadera madre, y tú eres solamente hija mía!.....

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la niña:—¡Bendita sea la Santa Virgen María! ¡Qué hermosos cánticos elevaré en honor suyo toda mi vida, porque ella es quien ha hecho esto!..... ¡Qué contenta estoy con que vos seáis mi madre!... ¡Os amaba ya tanto..... pero tanto!.....

Una voz discreta dijo en este momento desde el fondo de la oscuridad:

—Señora..... señora, ya es tiempo.....

La condesa empezó á hablar en voz baja á Houten Clara, con una precipitación apasionada. Sin duda temía que pudieran recoger sus palabras oídos importunos.

La misteriosa conversación duró largo rato; la sonrisa y las lágrimas se sucedían en los rostros de la madre y de la hija; la tristeza desaparecía de allí para dar lugar á la felicidad; en

fin, Houten Clara se levantó con resolución, y después de haber dado un ardiente beso á su madre, le dijo:

—No, no diré que me habéis despertado; nadie sabrá que vos sois mi madre..... Pero volveréis, ¿no es verdad, querida mamá?..... Yo rogaré al arcángel San Miguel que os proteja ahora y siempre.

La condesa tomó la lámpara y subió la escalera con la niña; un instante después bajó y fué á reunirse con la Madre y la dueña, que ya esperaban con impaciencia.

—Vamos, Inés,—dijo la condesa,—volvamos pronto á la casa. Clara ha subido ya, y duerme tranquilamente Querida Madre, mañana os mandaré llamar; como no partimos sino hasta medio día, tendré tiempo de hablar con vos de cosas importantes.

La condesa y la dueña dejaron la casa de las huérfanas y se dirigieron á la suya. Cuando estuvieron delante de la puerta, llamaron suavemente con la mano para que Domingo les abriera; pero no recibieron respuesta, y en vano fué que varias veces repitieran la señal. Ya la condesa empezaba á temblar, cuando la dueña, apoyándose intencionalmente sobre la puerta, advirtió que ésta estaba entreabierta.

—No es nada, señora,—murmuró la dueña;—el perezoso de Domingo se habrá dormido en algún rincón. La puerta está abierta; entrad, y no hagáis ruido en la escalera.

Después que la dueña cerró la puerta con precaución, ambas avanzaron á tientas en las tinieblas y subieron sin que el menor ruido pudiera revelar su presencia. Cuando llegaron á la puerta de la habitación de la condesa, dejaron escapar un profundo suspiro, como si se hubieran desembarazado de un gran peso. Habían acometido la peligrosa empresa que deseaban, y volvían á encontrarse en su casa con entera seguridad y sin que ningún accidente se les hubiera interpuesto.

La dueña abrió la puerta de la habitación de

la condesa. Esta penetró; pero apenas había avanzado dos pasos, un grito horrible se escapó de su pecho, y cayó pesadamente sobre el pavimento. La dueña, pálida y temblorosa, permanecía en pié, sin inclinarse á ver á su señora, que á su lado yacía inanimada; la pobre mujer miraba fijamente en el fondo de la habitación, á la dudosa luz de la lámpara, una terrible aparición que le producía un espanto mortal: el conde de Almata estaba sentado junto al lecho de la condesa, con una pistola en cada mano y rugiendo de cólera como un león herido. Fijó en la condesa sus ojos centellantes, lanzó una carcajada amarga y sardónica, se levantó, y dirigió su mano derecha, armada con la pistola, hacia su esposa desvanecida..... Pero pareció de repente dominado por un secreto pensamiento, porque, lanzando un grito de desesperación, arrojó al suelo la arma mortífera, y salió de allí como un hombre que retrocede ante un asesinato y quiere escapar de las inspiraciones de su propia cólera. Al alejarse, profirió una horrible maldición que llegó al oído de Inés, y desapareció en las tinieblas de la escalera. La dueña cayó de rodillas al lado de la condesa, y se puso á llorar amargamente: había olvidado ya el inminente peligro que su vida acababa de correr, para no pensar ya más que en su señora.

VI.

Sentada estaba la condesa en la habitación que daba á la calle. Su cabeza se apoyaba sobre el brazo del sillón, sus cabellos se extendían en desorden sobre su cuello, y el vestido que la cubría estaba sin ningún aliño. Un silencio lúgubre reinaba á su rededor..... Parecía la condesa un cadáver guardando la posición en que la hubiera sorprendido una muerte súbita..... Y si la lenta y penosa respiración

que agitaba su seno, manifestaba que la vida no la había abandonado aún, se veía también que un indecible martirio había debido agotar las fuerzas de la infortunada, que estaba allí abrumada por la más profunda desesperación.

El ruido de la puerta que se cerró con violencia, la hizo estremecer; levantó un poco la cabeza y escuchó con ansiedad, pero inmediatamente la dejó caer de nuevo sobre el brazo del asiento. La dueña entró precipitadamente en la habitación, tratando de amortiguar el ruido de sus pasos, y tomando el brazo de su ama, dijo á ésta con alegría:

—Señora, demos gracias á Dios: el conde acaba de entrar!

La condesa, como reanimada por esta noticia, se levantó del sillón, elevó las manos y los ojos al cielo, y dijo con una voz llena de gratitud:

—¡Sed bendito, Dios mío, por no haber permitido que esa desgracia sucediese! Protejed, Señor, á mi inocente hija. Dejadme morir en expiación de mi falta..... ¡Oh, gracias, gracias, porque habéis salvado al hombre excelente de quien yo he envenenado la vida!..... Vuestro ángel bueno ha arrancado de su alma el horrible pensamiento que la dominaba; vos no habéis querido, oh Padre celestial, que una muerte pesara sobre vuestra infortunada esclava..... Ah! ¡bendito sea vuestro santo nombre!.....

La dueña exclamó entonces, presa de un invencible terror:

—El conde está aquí, y puede venir inmediatamente..... Decidme, pues, lo que vamos á hacer..... Estoy desesperada y en una inquietud mortal.

—Vé á encontrarle, Inés, vé pronto!.....

La dueña no pareció de ningún modo dispuesta á seguir este consejo; inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¡Desdichada de mí!—exclamó la condesa.
—¡No te atreves, Inés!..... ¿Quieres, pues, que

sea yo quien vaya á encontrarle?..... Tú, que eres tan elocuente, que sabes hablar directamente al corazón, ¿me abandonarás en este instante supremo?

—¡Ah, mi querida señora!.....no me atrevo. —dijo la dueña.—Si lo hubiérais visto, con los ojos centellantes y el rostro descompuesto, cerrar violentamente la puerta tras de sí, y precipitarse en la casa blasfemando..... ah! vos estaríais salvada!..... parece que la muerte lo acompaña!.....

—¡Me niegas este último servicio!—dijo la condesa con voz débil é inclinando la cabeza con abatimiento.—¿No te atreves á poner en ejecución el buen pensamiento que tú misma me has indicado como última tabla de salvación?..... Y bien, seál..... A Dios recomiendo mi alma; y tú, espera aquí con resignación el golpe que sin duda va á herirme.

La dueña, con la frente apoyada sobre el respaldo del sillón, lloraba en silencio. Después de algunos instantes, exclamó la condesa:

—¿Y sería yo ingrata y cobarde hasta este grado?..... El deber, mi corazón que sangra, mi conciencia desgarrada, todo me grita que debo arrancarle del infierno de desesperación en que está sumergido y donde sufre horribles tormentos..... ¿Y había yo de retroceder ahora?..... Oh!..... no!

—Quedaos, quedaos aquí, mi pobre señora, —dijo la dueña suplicante y juntando las manos:—Mirad que puede mataros!.....

Pero la condesa no escuchó, y continuó con una exaltación creciente:

—Yo he dejado la casa durante la noche, y él me cree culpable de la más horrible traición; durante diez años ha sacrificado el reposo y el bienestar de su vida por mí, por su adorada Catalina; ya no soy á sus ojos más que una despreciable, una infame criatura; el amor, el odio y la venganza luchan en este momento en su corazón y lo destrazan cruelmente..... ¿Y por vergüenza, por temor de la muerte, le he de

dejar luchar con tan horrible pensamiento?..... No, Inés: si hace falta una víctima, ésta debe ser la culpable..... Espérame aquí, voy á encontrarle.....

Al decir estas palabras se dirigió á la puerta; pero la dueña se le interpuso, cayendo de rodillas y exclamando:

—¡Perdonadme, señora, perdonadme!.....

—Nada tengo que perdonarte,—dijo la condesa levantando á la dueña y abrazándola:—Comprendo tus temores, mi buena Inés; pero tranquilízate, y déjame ir.

—¡Vos no iréis!—exclamó la dueña:—vuestra vista le colmaría de furor; en medio de los reproches que él os dirigiría, no podríais decirle lo que debíerais. Vuestra volerosa resolución me ha recordado mi deber..... Que la muerte me espere ó no, soy yo quien debe ir á él: no quiero que la que es mi ama y señora tenga que ruborizarse de sus propias palabras.... Mi partido está tomado: lo que os prometí esta mañana, lo cumpliré..... Id, volveos á vuestro sillón, y esperad.....

Sin dar tiempo á la condesa de hacer alguna observación, la dueña salió de la habitación precipitadamente, cerrando por fuera la puerta y llevándose la llave. Animada con el ejemplo de su señora, la dueña ya no tembló. Intrépida por naturaleza, se revistió, por el contrario, en su importante misión, de una energía extraordinaria, y resueltamente atravesó los corredores y se presentó sin premeditación ninguna en las habitaciones del conde de Almata.

El esposo infortunado estaba sentado junto á una mesita, con la frente apoyada sobre la mano y la mirada fija en el suelo. Las dos pistolas, cargadas aún, estaban á su lado.

Cuando apareció la dueña, sobrecogió al conde un estremecimiento y se descompuso su rostro.

—¡Vil serpiente, vives todavía!—exclamó con voz terrible, pero sin moverse.—Me traes

tu sangre en expiación..... ¡no la quiero!..... El verdugo y la hoguera harán justicia de tu infame traición.....

La dueña no se dejó intimidar por estas terribles palabras; guardó silencio un instante, y luego dijo con voz al parecer tranquila:

—Conde de Almata, sospecháis un crimen de vuestra esposa, y no tenéis razón!..... Mi señora ha guardado religiosamente la fe que os prometió delante de Dios, al pie del altar.....

—Ah! la impostura se añadirá á la traición!..... Retírate!..... no me provoques; mi cólera podría encenderse de nuevo.....

—Conde de Almata,—respondió la dueña con serenidad:—dignaos mirarme..... no temo: el criminal no está tan tranquilo delante de su juez. Vos me escucharéis, porque os traigo la tranquilidad y la paz..... acaso la felicidad. Sufrís inexplicables torturas, vuestro corazón amenaza romperse en vuestro pecho. Si vuestras horribles sospechas estuvieran fundadas, seguramente tendríais razón, no sólo en sufrir el suplicio que os atormenta, sino también en saciar vuestra venganza en la sangre de los culpables..... Pero no es así, conde de Almata, y estáis haciendo una injuria á vuestra esposa!.....

El conde llevó la mano á su frente y se torció dolorosamente sobre el asiento, como si luchara contra un pensamiento que se obstinaba por penetrar en su alma.

—Y pensadlo bien, señor conde —prosiguió la dueña:—si es cierto que la condesa nunca ha dejado de amaros, si es cierto que ha permanecido pura y fiel, considerad cuán injusto habéis sido torturando vuestro propio corazón y haciendo pesar sobre ella las más indignas sospechas. Y bien, todo esto es la verdad, conde de Almata: cualquiera otra idea que pudiérais tener de vuestra esposa, sería falsa!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el conde con voz llena de dolor y de cólera:—¿Cómo te

atreves á hablar así, Inés?..... Y esta noche..... esta noche.....?

—Estáis en un error, señor conde. Bien lo sé, hemos obrado mal, os hemos cometido una falta grave, y nada puede excusar nuestra conducta; pero si hemos obrado imprudentemente, nuestro objeto no tiene nada de común con lo que sospecháis. Perdonadme que os hable así..... Con respeto me humillo ante mi amo y señor; pero aquí defendiendo el honor ultrajado de mi señora. He venido para quitar de vuestro corazón las infernales torturas de la incertidumbre. Podéis hacer de mí lo que queráis, podéis aniquilarme; pero yo daré testimonio de que lo que os he dicho es la verdad pura, aun en presencia de la muerte!.....

—Mi corazón arde,—dijo el conde;—todo da vueltas delante de mis ojos; sufro horriblemente..... ¡Catalina sería pura!..... ¡Aún podría yo amarla!..... Inés, si vuestras palabras fuesen mentira, mil muertes no bastarían para castigar vuestra crueldad..... Ah! ¡tened piedad de mí, no me engaños!.....

La dueña se aproximó lentamente al conde, cayó de rodillas á los pies de éste, le tomó una mano, y besándosela respetuosamente, le dijo:

—Mi buen señor, yo os ruego por vos mismo, por la condesa y por mí, que me dejéis hablar..... He venido á revelaros el secreto que desde hace tantos años pesa como un velo fúnebre en vuestra vida; y si es para vos un motivo de ira, vuestra bondad me hace esperar que perdonaréis lo que puede ser perdonado. ¿Me permitiréis, pues, hablar? ¿Me escucharéis sin interrumpirme?

—Levantaos,—le dijo el conde mostrándole un asiento;—y si lo que vais á decir es la verdad, que Dios os colme de bendiciones!.....

La dueña no se sentó; permaneció en pie al lado del conde, inclinó la cabeza, bajó los ojos, y comenzó así su narración:

—Conde de Almata: recordad la época en que encontrásteis en el castillo de Ghyseghem,

con vuestro hermano y su esposa, un asilo hospitalario contra la persecución de los enemigos de España. Allí se había retirado también un joven hidalgo que amábais como á vuestro mejor amigo, y que por su parte os mostró la más ardiente simpatía. Dolores y alegrías, temores y esperanzas, todo lo compartíais con él, y él era para vos como un hermano.....

— ¡Pobre Lancelot! —murmuró el conde suspirando.

—Lancelot de Bisthoven amaba á la señorita Catalina, —prosiguió la dueña;—vos mismo, señor conde, parecíais tomar un vivo interés en aquel leal amor, y no desperdiciábais ninguna ocasión para ensalzar en presencia de la joven las virtudes, la bravura y la cortesía de Lancelot. Vos no érais, sin embargo, insensible á la seductora belleza de la señorita Catalina: pero el deber y la generosidad os obligaron á ahogar el amor en vuestro propio corazón, en pro de la felicidad de vuestro amigo. El bien que jamás cesásteis de decir de Lancelot, las ocasiones que vuestro espíritu inventivo provocaba para ayudarle y favorecer sus deseos, llegaron á despertar en el corazón de la joven un tierno afecto hacia vuestro amigo. Feliz fué el día para vos también, conde de Almata, en que se celebraron en el templo del Señor los desposorios de mi joven ama con Lancelot de Bisthoven. Todas las promesas recíprocas cambiadas en presencia de ambas familias, á todos parecieron indisolubles y que nada podía ya destruirlas. Algunos días después, el sagrado lazo del matrimonio debía unir para siempre á mi joven ama con vuestro amigo.....

— ¡Ay! —exclamó el conde:—¿Para qué es el evocar tan tristes recuerdos? ¿Acaso no os parece bastante lo que padezco?

Sin parecer notar la emoción del conde, la dueña prosiguió:

—Una muerte espantosa vino á romper aquella unión, antes que la bendición del sacerdote la hubiera sancionado para siempre. El

anciano señor de Ghysegtem se vió precisado á partir para Gante con el fin de asistir á las conferencias sobre la paz. Yo permanecía sola con la señorita Catalina en la casa que habitábamos desde hacía algún tiempo en la calle Alta. Vos lo sabéis, señor conde: yo caí de repente con una enfermedad mortal, y largo tiempo permanecí en el lecho sin conocimiento, presa de una fiebre ardiente..... Un día, —día que la ciudad de Amberes ha escrito con lágrimas y sangre en sus anales, —los españoles, con la espada en una mano y una tea incendiaria en la otra, cayeron sobre la ciudad: la muerte y el incendio marcaron su paso por nuestras calles. Los habitantes corrieron á tomar las armas é hicieron una resistencia desesperada; todos los que encontraron fueron víctimas de su justa venganza. Todavía me parece oír los gritos furiosos de la multitud que sitiaba nuestra casa para mataros; aún escucho los gritos desesperados de Lancelot que con la espada en la mano y todo cubierto de sangre defendía vuestra vida contra la rabia de los sitiadores... Ay! cuando los españoles vertieron bastante sangre y el fuego había arrasado gran número de casas, el cadáver de Lancelot yacía traspasado por cinco estocadas; vuestro hermano y su mujer y sus hijos habían perecido en su casa, víctimas del incendio..... Perdonadme, conde de Almata, si os hago llorar; pero casi estoy forzada á hacerlo así..... Algún tiempo después, cuando á los queridos muertos ya sólo se lloraba en el fondo del corazón, un violento amor hacia Catalina se encendió de nuevo en vuestra alma. Creísteis que era un deber para vos el hacer feliz á la desposada de vuestro amigo, y pedísteis su mano. Mi ama á nadie estimaba en el mundo más que á vos; nadie era á sus ojos de más noble corazón y más digno de amor que vos, señor conde; y sin embargo, rehusó unir su vida á la vuestra con los lazos del matrimonio, y aun rechazó vuestra súplica con una especie de repulsión y de horror, co-

mo si le hubiérais ofrecido la vergüenza y la desdicha. Aun no habréis olvidado, conde de Almata, que fueron inútiles vuestros esfuerzos por vencer su resistencia y que muchas veces os suplicó de rodillas y lorando que renunciárais á esa unión: superfluo será recordaros todo eso. En fin, dominado por una pasión que no podíais vencer, acudísteis al poder de su padre, y.....¿qué hicísteis?..... Arrastrásteis al altar, como á una víctima, á nuestra pobre señorita, y allí le arrancásteis por la fuerza su consentimiento..... ¿Digo ó no la verdad?

—Ah! ¡yo amaba á Catalina más que á mi vida!

—Lo sé, y estoy muy lejos de decir lo contrario; pero vos, conde de Almata, ¿sabéis por qué mi señora ha luchado contra vos como contra un hombre de quien ella no debía esperar sino la desgracia y de quien ella misma tendría que envenenar la vida? ¿Conocéis el secreto que desde hace tantos años pesa sobre todos nosotros como una horrible pesadilla?.....

La dueña aproximó sus labios al oído del conde, y dijo con voz ahogada:

—El lazo que unía á Lancelot y Catalina no podía romperlo ningún poder sobre la tierra: la misma muerte era impotente para romperlo..... Una hija de Lancelot vive, señor conde, una pobre niña, prenda inocente de la fe eterna que unió, al que hoy ya no existe, con la pobre mujer que ha quedado sufriendo sobre la tierra!.....

El conde de Almata palideció de súbito y miró fijamente á la dueña que, bajo esta terrible mirada, dobló la cabeza, sufriendo la mayor ansiedad. Un suspiro ahogado y un grito ronco dieron á conocer que una profunda herida había hecho al conde la anterior revelación. Horribles ideas de deshonor y de afrenta se agolparon á su espíritu; pero hizo un violento esfuerzo para no sucumbir al dolor que lo torturaba, y permaneció mudo é inmóvil sobre su asiento.

La dueña continuó con voz triste y conmovida:

—Dios no ha querido concederos hijos, señor conde, y os es imposible comprender el irresistible poder del sentimiento maternal en el corazón de una mujer; y aunque fuérais padre, tampoco lo comprenderíais: jamás hombre ninguno sabrá conocer la pasión que, como un fuego divino, consume el corazón de una madre por su hijo, y que, hasta en el lecho de muerte, hasta en la hora del postrer suspiro, la hace clamar á Dios por el hijo que deja sobre la tierra!..... Ah! si se adora á un hijo cuando se le ve crecer y ser feliz en medio de todos los goces de la vida, con cuánta más razón el amor de una madre puede exaltarse hasta la locura cuando el sér á quien ha dado la vida gime en la desgracia!..... Conde de Almata: mi señora ha vivido ocho años sin saber lo que ha sido de la pobre hija de Lancelot; durante ocho años ha gemido y llorado; durante ocho años su corazón sólo ha manado sangre, y á nadie más que á mí ha podido hablar de sus dolores y de sus amargos sufrimientos: se ha visto precisada á engañaros á vos, que os ama ardientemente, que os venera como á un modelo de bondad y generosidad, y os ha irritado con el misterio de sus palabras y de sus acciones; os ha herido en vuestros más profundos sentimientos y ha cambiado vuestra vida en un infierno de sospechas, de desesperación y de duda..... Ah! yo he visto á la pobre mártir desfallecer al peso del abatimiento; he visto marchitarse las rosas de sus mejillas y desaparecer al soplo devorador de los pesares; he visto aproximarse á ella lentamente la muerte. Vos mismo, señor conde, me habéis dicho con desesperación repetidas veces: «¡Ay de mí! ¡ella morirá!..... ¡un misterioso é incomprensible dolor la consume!.....»

Un sordo lamento, expresión de una cólera comprimida, fué la sola respuesta del conde. La dueña prosiguió:

—Habéis consentido, en fin, á emprender un viaje á los Países Bajos, y de esta manera habéis vuelto la vida á mi señora. Después de haber buscado por mucho tiempo en secreto, hemos encontrado á la niña en Amberes; está cerca de aquí, en la casa de las huérfanas. Esta noche, la infortunada madre ha querido abrazar por última vez á su hija, consolar su propio corazón y verter sobre la adorada niña las lágrimas de despedida antes de partir para España. La pobre señora ha dejado la casa durante la noche: es una culpable locura, lo reconozco; pero la señora condesa no tenía otro objeto que abrazar á su hija..... Y si podéis dudar de la verdad de todo lo que os he dicho, señor conde, en una casa de la calle del convento vive la pobre mujer de un soldado, llamada Ana Canteels, á quien fué confiada la niña en otro tiempo, y que lo sabe todo. La niña se halla cerca de aquí, donde ha sido colocada como huérfana; es muy pequeña aún, y se llama Houten Clara. Aca'o querréis, señor conde, asegurarnos de la inocencia de vuestra esposa: estáis en vuestro derecho; pero yo os lo suplico: cualquiera que sea vuestra decisión, cuidad del honor de mi señora, honrad la memoria de vuestro amigo Lancelot, y salvad vuestra propia casa del escándalo y de la deshonra!..... Nada me resta ya que deciros: conocéis toda la verdad.

Ya hacía rato que había concluido de hablar la dueña, cuando el conde la dijo con una irritación mal contenida:

—Está bien, retiraos..... Ah! Habéis pretendido traerme la tranquilidad y la paz, y no habéis hecho más que cambiar la causa de mi desesperación!..... Junto á la herida que abrió en mi corazón una horrible sospecha, me habéis abierto otra no menos sangrienta..... Es necesario que yo consulte á mis parientes y amigos sobre lo que debo hacer; quiero borrar de mi escudo esta mancha..... Retiraos, de-

jadme solo; vuestra ama conocerá mi decisión antes de la noche.

La dueña salió de la habitación del conde, y se detuvo en los corredores con cierta alegría mezclada de tristeza: esperaba y temía á la vez, sin ánimo para prever cuál sería el resultado de su tentativa. Pensando, sin embargo, en que su revelación había calmado la cólera del conde y le había dejado en su corazón un dolor menos terrible, se aplaudió interiormente de lo que había hecho. Una sola duda, pero cruel, la martirizaba: ¿Se separaría el conde de Catalina? ¿La rechazaría como una esposa culpable? ¿Partiría él solo á España, cubriendo así de oprobio al último vástago de la noble familia de Ghyseghem? Agobiada con estos penosos pensamientos la dueña se dirigió al fin á la habitación de su señora, y después de haber entrado cerró la puerta con precaución.

El conde había permanecido inmóvil en su sillón, con la mirada fija y sin expresión, como sumergido en un abismo de pensamientos y reflexiones. Las contracciones que por momentos crispaban su rostro y la amarga sonrisa que vagaba por sus labios, revelaban la tempestad que se desataba en el fondo de su corazón. Esta lucha interior duró cerca de una media hora; pasó después la mano con desesperación por su frente y por sus ojos, como para rechazar las ideas que le martirizaban. De pronto se levantó, y cubriéndose con una capa oscura que á la mano tenía, se lanzó precipitadamente fuera de la casa.

VII.

Sin duda el conde huía de su casa para buscar alguna calma al aire libre, porque pocos instantes después se paseaba detrás de las plantaciones del Hospital, no lejos de las fortificaciones de la ciudad. Quizás el dulce viento

que soplabá llegó á mitigar sus sufrimientos y á calmar su cólera, porque á pocos momentos volvió á tomar el camino que le conducía á su casa, como si tratara de volver al lugar donde acaba de herirle un golpe tan doloroso. Pero el conde pasó por delante de su casa sin entrar en ella; siguió adelante, y fué á llamar á la casa de las huérfanas. ¿Cuáles podrían ser sus intenciones?..... Al ver la sombría expresión de su rostro, se hubiera podido creer que quería desatar su cólera sobre Houten Clara; pero el carácter noble y generoso del conde no permitía semejante suposición. Acaso una ciega envidia le llevaba, á lo menos, á ver á la que era la causa de su desgracia y de sus sufrimientos; acaso también la duda que por tanto tiempo le había atormentado, se había apoderado otra vez de su alma y quería asegurarse por sus propios ojos si las palabras de la dueña no ocultaban alguna pérfida impostura.

Cuando la portera se presentó, la ordenó con tono imperioso ir á llamar á la Madre directora. La portera le condujo al locutorio y fué á llamar á la Madre, que en aquel momento se ocupaba en distribuir á las huérfanas los trabajos del día. Interrumpió su distribución y se dirigió al locutorio sin sospechar que allí la esperaban. Cuando reconoció al conde, se sintió vacilar, y una mortal palidez cubrió su rostro.

—Señora, —dijo el conde de Almata con acento brusco, — parece que mi presencia os sorprende y os hace temblar..... Id á buscar á la niña que se llama Houten Clara: quiero verla!

Inquieta la Madre empezó á temblar en efecto, y murmuró una respuesta ininteligible.

—Y bien, señora, —replicó el conde, — ¿será necesario que los administradores de la casa conozcan del asunto? ¿Exigís una orden expresa de su parte?

—No!..... no!..... —exclamó la Madre con perplejidad.

—Daos prisa, pues, en satisfacer mi deseo.

La Madre murmuró llena de turbación:

—Sí..... sí, señor conde..... creo..... que ha salido; voy á ver.

—¡Queréis engañarme!—exclamó el conde con cólera.—Tened cuidado, porque podréis arrepentiros.....

La Madre salió de allí suspirando, y á pocos momentos volvió con Houten Clara, á quien había dicho antes de llegar:

—Clara, es el conde de Almata, el marido de vuestra protectora: tiene un semblante muy severo, y parece ser muy malo; es necesario ser muy amable con él, ¿me entiendes, hija mía?

—Sí, querida Madre; pero mi protectora me ha dicho que..... es muy bueno!.....

La Madre no tuvo tiempo de responder á esta observación, porque en ese momento llegaban al locutorio. Tomó de la mano á Houten Clara, la presentó al conde, y se situó junto á la puerta con la firme resolución de no ceder á los ruegos ni á la violencia si el conde la exigía dejarlo solo con la niña; la pobre mujer, llena de inquietud, temía que el caballero fuera á hacerle algún mal á la huérfana.

Houten Clara, sin pronunciar una sola palabra, fué á colocarse delante del conde, y le miró con la dulce sonrisa que le era habitual. La primera mirada del conde había sido llena de cólera; pero apenas recibió la impresión que aquella fisonomía angelical producía con su sola presencia, un cambio completo se verificó en su corazón y en su rostro. Temblando de emoción y poseído de un sentimiento misterioso, contempló fijamente aquellos hermosos ojos de un azul celestial, en los que resplandecía una alma dulce y amante, y la mágica sonrisa que prestaba á su boca encantadora una irresistible seducción. El también, él, el esposo irritado, herido en sus más caras afecciones, cedía al poder de la mirada de una niña. No era, sin embargo, la belleza pura y encantadora de Clara la que obraba este milagro, no: era otro sentimiento el que hacía latir el corazón del conde

y le arrancaba lágrimas de los ojos. La niña se parecía mucho á su padre: en este rostro dulce y encantador, Lancelot muerto pedía piedad para su hija, gracia para su desposada!..... El conde miraba delante de él á su mejor amigo; le parecía oír su voz querida; le era imposible apartar los ojos de aquellas facciones tan puras, en las que él leía, como en un libro abierto, la historia de las horas más felices de su vida. No pudiendo resistir al sentimiento que inflamaba su corazón, hizo una seña á la Madre para que se retirase. Habiendo notado ésta la emoción del conde, comprendió que todo peligro había pasado, y regocijándose interiormente del feliz milagro que sólo atribuía á la dulce gentileza de Clara, se inclinó respetuosamente y salió de allí. Luego que el conde de Almata se vió solo con la niña, dió libre curso á las emociones que lo agitaban; con una mano se cubrió los ojos, estrechó con la otra las de Clara, y vertió silenciosamente un torrente de lágrimas que parecieron aliviar su corazón del peso que lo oprimía. La niña, entre tanto, lo acariciaba en la mano, con la evidente intención de consolarlo..... Pronto se calmó la tempestad en el corazón del conde; volvió de nuevo á contemplar á la niña: pero esta vez la alegría iluminaba su rostro, y parecía buscar la sonrisa en los labios de Clara.

—¡Ah, querida niña! —exclamó en flamenco bastante claro:—¿Me conocéis, pues, para mirarme tan afectuosamente?

—¿No sois el conde Almata?—respondió la niña.—Mi protectora os ama, me ha dicho que sois muy bueno, y es necesario que yo también os ame mucho.....

El conde de Almata puso á la niña sobre sus rodillas, y acariciándola con ternura le preguntó:

—¿Conocéis á vuestro padre?

—Mi padre está en el cielo,—respondió Clara suspirando,—y allí ruega á Dios por mí..... Yo, no lo he visto nunca!.....

—Yo sí lo he visto,—dijo el conde con melancólico acento;—ah! sí..... yo lo he visto, lo he conocido! Era él para mí un excelente amigo, un hermano..... ¡Cuánto lo amaba!..... Las lágrimas que scabo de derramar, sois vos quien las habéis arrancado de mis ojos, porque os parecéis á él admirablemente!.....

Gracias á las caricias del conde, Houten Clara, según su costumbre, pronto había pasado del temor á una dulce familiaridad. Al saber que el conde había amado á su padre, perdió toda timidez, y rodeó con sus bracitos el cuello del que ya era para ella un amigo; dándole luego un beso en la mejilla, le dijo con una vocisita dulcísima:

—Que Dios os recompense lo mucho que habéis amado á mi padre..... Oh! sólo por eso, os amo mucho ya!.....

El conde sintió henchido su corazón de ternura y felicidad, y preguntó á la huérfana:

—¿Conocéis siquiera á vuestra madre?

Houten Clara bajó la cabeza y no respondió.

—¡Adorable niña! —exclamó el conde con emoción:—no queréis hacer traición á vuestro secreto, pero vuestro corazón tan puro no sabe mentir. No, no lo digáis á nadie en el mundo.... Ah!¿y habría yo de dejaros sufrir?¿podría desconocer la voz de vuestro padre y desoir sus ruegos, llenando de ese modo mi vida de crueles remordimientos?..... ¡Qué ingrato fuera si pagara el amor con el odio!..... Hija mía, mi queri la hija, dad gracias al buen Dios en vuestras inocentes oraciones: vuestra dulce sonrisa ha salvado de la muerte á dos personas, una de las cuales os es muy querida, y la otra quizás llegue á serlo también por sus beneficios..... ¿Os sentís dispuesta sinceramente á amarme, Clara?

—Ah! no me preguntéis eso, señor conde: ¿no sois el mejor amigo de mi protectora?..... Dice que sois tan bueno y tan cariñoso con ella,

que yo también quiero amaros mucho toda mi vida.....

El conde contempló silenciosamente á la niña. Una indefinible sonrisa de felicidad iluminó su rostro, y acarició á la huérfana no solamente con cariño, sino también con gratitud. El consuelo que experimentaba con el cambio completo de sus ideas, la dicha embriagadora que sentía en formar proyectos que podrían transformar su vida en un paraíso de paz y de amor, todos estos sentimientos confundidos, inundaban su corazón como de bienhechores effluvios, y miraba con una especie de admiración á la inocente niña que había vertido este bálsamo saludable en su corazón.

Como si una voz interior le hubiera hablado de súbito, se levantó, y dijo á Houten Clara:

—Con vos se olvidaría todo, mi encantadora niña..... Vamos, venid, que os beso yo otra vez: acaso os deberé la paz y la felicidad..... No vayáis á decir lo que ha pasado entre nosotros, os lo ruego..... Abrazadme otra vez, que espero no será la última; volved ahora, y no digáis nada: vos, Clara, seréis muy feliz!....

El conde salió del locutorio y dirigió misteriosamente algunas palabras á la Madre, que llena de ansiedad esperaba junto á la puerta. Una grande alegría debió causarle lo que la dijo el conde, porque, después de hacerle una reverencia de despedida, resplandeciente de gozo corrió hacia Clara, la levantó en sus brazos y la besó repetidas veces.

El conde de Almata se dirigió con paso rápido al centro de la ciudad; algún tiempo después se encontraba en la calle del convento; más tarde se le vió subir las escaleras del Palacio Municipal. Seguramente ese día tuvo el conde muchos negocios urgentes que arreglar, porque después de haber estado en diversos parajes, se dirigió por segunda vez á la casa de las huérfanas, sin haber podido volver á su casa.....

Serán las cuatro de la tarde.

La condesa, profundamente abatida, estaba sentada en su sillón; á alguna distancia, la dueña rezaba silenciosamente.

Los terrores de la condesa habían disminuido, ó quizás una amargura más profunda oprimía su corazón. Por lo que la había dicho Inés, había comprendido que su marido había dado crédito á las palabras de la dueña y había desechado ya el cruel pensamiento de que ella le había sido infiel; pero también había comprendido que él quería abandonarla y partir solo para España. Como amaba ardientemente á su marido y se hallaba ligada á él por el doble lazo de la gratitud y del amor, esta convicción le preparaba un golpe terrible, que esperaba con esa santa resignación que se doblaba bajo la inevitable ley del destino..... En tanto que gemía por la pérdida de todo lo que le era más querido, su honor y su esposo; en tanto que temblaba al pensar que éste, llevado por la cólera, hubiera quizás hablado de tal modo que pudiera haber atraído el oprobio público sobre ella y sobre su hija; en tanto que estaba abismada en estas abrumadoras reflexiones, la puerta de la habitación se abrió, y apareció el conde de Almata.

La condesa se levantó violentamente sin poder contener un grito que se escapó de su pecho, y sin atreverse á mirar á su marido, se arrojó á sus piés, tendiendo hacia él sus manos suplicantes.

—¡Gracia.....gracia, conde de Almata!— exclamó. —He cometido una falta, soy culpable, merezco vuestra venganza, vuestro desprecio, vuestro odio..... Ah! haced de mí lo que queráis; pero en nombre de la dolorosa pasión de Jesucristo, no me alejéis de vuestro lado, no me castigéis con esta muerte cruel!..... Permittedme ser vuestra criada, vuestra esclava; á lo menos, que pueda yo seguirlos siempre á donde vayáis..... ¡Calixto, no me rechazéis!... ¡yo os sacrificaré á mi hijal..... Y si Dios me

da fuerzas, sabré luego olvidarlo todo para poder expiar mi falta!.....

El conde no la dió tiempo de continuar, la levantó y la dió un beso en la frente. Esta prueba de amor conmovió de tal modo á la condesa, que se apoyó casi desfallecida sobre el pecho de su marido. Después de un corto momento alzó los ojos, y mirándolo con estupefacción é incredulidad, exclamó:

—Ah! tened piedad de mí!..... Yo me vuelvo loca..... Pero no..... ¡sois vos, Calixto!..... ¡y no me odiáis!..... ¡me sonreís!...

Respirando ajenas, embriagada de felicidad, se suspendió del cuello de su esposo, que seguía contemplándola afectuosamente, y exclamó:

—¡Gracias!..... ¡gracias!..... ¿Es que ya me habéis perdonado?..... ¿Aún me creéis digna de vuestro amor?..... ¿Podré amaros aún, adoraros como á la imagen de la bondad divina?..... ¡Calixto, bendito seas!.....

El conde se desprendió del brazo de su esposa, y la llevó hacia la ventana, sonriéndole con ternura; allí, la hizo sentar en un sillón, se sentó él en otro, y tomando cariñosamente una de las manos de su esposa, le dijo:

—Mucho he sufrido, es verdad; una horrible sospecha ha destrozado mi corazón: nadie podrá decir cuánto he sufrido!..... Pero no tenía razón; no hablemos más de eso, mientras que Dios nos deje estar siempre unidos sobre la tierra. Hoy he tenido una dicha que me hubiera colmado de alegría, si no me bastara para esto vuestra presencia.....

—¿Una dicha?—dijo la condesa interrumpiendo.—Oh! doy gracias á Dios con todo mi corazón.

—Escuchad,—dijo el conde con voz conmovida:—Sabéis, Catalina, que mi pobre hermano pereció con su mujer cuando se incendió nuestra casa el día sangriento en que los Españoles cayeron sobre nosotros. Algunos vecinos dijeron que el hijo de mi hermano tam-

bién había encontrado la muerte entre las llamas; pero debéis acordaros también que otros aseguraban haber visto un soldado español salvar al niño del fuego que iba á devorarlo.

La condesa movió la cabeza como si hubiera querido decir:

—No, yo no lo recuerdo.

—Quizás lo hayáis olvidado,—prosiguió el conde.—Vos sabéis, Catalina, cuán vivo era el afecto que yo profesaba á mi hermano; por consiguiente, comprenderéis la alegría que he sentido cuando una casualidad inesperada me ha hecho descubrir hoy á ese niño.

—¡Al hijo de vuestro hermano!—exclamó con admiración la condesa, como dudando de la verdad de lo que oía.

—¿Al hijo del señor Alonso?—repitió la dueña estupefacta.

—Sí, dijo el conde,—al hijo del señor Alonso, mi difunto hermano, y no queda ya la menor duda: ya he hecho legalizar por el Regidor y los escribanos el testimonio del soldado español, y estoy en posesión de otras pruebas irrefragables. Y ahora, escuchad atentamente lo que me resta que deciros, Catalina..... El cielo no ha bendecido nuestra unión, no ha querido concedernos un hijo; así, la hija de mi hermano.....

—Ah! ¿es una niña?—preguntó la condesa.

—Una encantadora niña, cariñosa y bella como un ángel,—respondió el conde de Almata.—Ella es, según la ley, mi única heredera: como hasta hoy no ha recibido todas las atenciones que reclama el último vástago de los de Almata, tengo la intención de hacerla educar en mi casa, á mis propios ojos. Ya he hecho extender una acta de adopción: así, ella viene á ser mi hija, mi legítima heredera. Yo la introduciré públicamente y con el mayor lucimiento en la familia, de la que la había separado una deplorable desgracia; de esta manera todos la honrarán como conviene, como lo merece su elevado nacimiento. Espero, mi que-

rída Catalina, que la permitiréis amaros como á su madre; en cuanto á mí, quiero que me dé desde ahora el nombre de padre. Por el amor que yo os profeso, vos amaréis también á la pobre niña, ¿no es verdad?

La condesa respondió con abatimiento:

—Ah! que venga!..... la amaré, porque es de vuestra sangre.

—Catalina, —dijo el conde con calma, —bien sé cuál pensamiento os entristece: os prometo mi ayuda, y unidos trabajaremos por la felicidad de todos los que nos son queridos. Estáis contenta, ¿no es cierto?

—Oh! ¡gracias!..... ¡gracia! —dijo la condesa con los ojos radiantes de alegría.

—Y bien, —dijo el conde tomando una solemne entonación: —que esto sea la señal de nuestra reconciliación y dé más firmeza á nuestro amor. Os doy la hija de mi hermano: sed su madre, como yo quiero ser su padre: ella será un dulce lazo de unión que nos estrechará más tiernamente, Catalina.

Al acabar de decir estas palabras, tendió á la condesa un pergamino sellado, y añadió:

—Es conveniente que la madre sepa el nombre de la hija.

La condesa desdobló el pergamino con desaliento, y llevada más bien por la curiosidad que por el deseo de conocer el nombre de la niña. Pero apenas sus ojos se fijaron en las primeras líneas, un grito agudo se escapó de su pecho, y exclamó profundamente conmovida:

—¡Clara!..... ¡mi Clara será vuestra hija!.... ¡Dios mío!..... ¡esto es demasiado!.....

No pudo decir más, y cayó desvanecida en los brazos de su marido, que la sostuvo amorosamente sobre su pecho.

La dueña, entre tanto, había caído de rodillas, y derramando un torrente de lágrimas, besaba con respetuosa efusión las manos del conde de Almata.....

